VALIJA *indiscreta*

BERLIN

El doctor Goebbels, encargado de la defensa de Berlín, ha anunciado que la capital alemana será incendiada y arrasada y no quedará piedra sobre piedra cuando entren en ella los rusos. ¿Qué haría, entonces, si en vez de ser precisamente el encargado de defenderla fuese el encargado de destruirla? Lo lógico sería que al ver amenazado Berlín por los rusos, el doctor Goebbels anunciase que iba a arrasar Leningrado, pero, por lo visto, se da cuenta de que no lo puede hacer y se contenta con arrasar lo que tiene más a mano. Así se cumple hasta el fin el programa nazi que ofrecía la felicidad del pueblo alemán y poner orden en el Reich.

No sé qué pensar de estos propósitos numantinos del doctor Goebbels. Es tan bestia que quizás los lleve a la práctica, aunque todavía tienen los berlineses el recurso de ser ellos quienes incendien y arrasen al doctor Goebbels. Acaso no se decidan a hacerlo porque los alemanes tienen lo que un famoso psiquiatra austríaco les diagnosticó como "complejo de obediencia". Pero, de todas maneras, uno se resiste a creer que en nuestra época haya numantinos, cuando se puede escapar en avión.

La suerte de Berlín está, sin embargo, pendiente de un hilo y acaso dentro de unos días toda aquella maravilla urbana —con cierta pesadez monumental— esté convertida en un montón de ruinas humeantes. ¿Perderá gran cosa la humanidad con la destrucción de Berlín? Sin duda el doctor Goebbels habrá querido conmover con su amenaza a las personas civilizadas que se conmovieron cuando se supo que corrían peligro París o Roma. Por mi parte, aunque lo lamentaría, me inquieta menos la destrucción de Berlín que la de cualquier pueblecito español que fué bombardeado por la aviación alemana. Yo no podría echarme a llorar el día que los berlineses prendieran fuego a su ciudad, pero reconozco que es una barbaridad innecesaria y convendría evitarla.

Yo he pasado ratos deliciosos en Berlín y creo que se haría bien en salvar esa ciudad siempre que pudiera volver a ser lo que fué antes del nazismo. De aquella época son mis mejores recuerdos de espectador callejero de la capital alemana. Estuve allí varias veces durante la República de Weimar, y Berlín me dió la impresión de ser una ciudad bastante divertida, viciosa y alegre, con una alegría superficial y tosca si se quiere, pero que contrastaba con la tristeza que velaba en aquel tiempo a casi todo el resto de Europa. Había en Berlín bastante lujo, no se veían por la calle espectáculos de miseria, y la gente parecía bien vestida y alimentada. Es posible que las estadísticas de entonces demuestren todo lo contrario y que sociólogos y economistas tengan razones para suponer que Alemania atravesaba por aquellos días una crisis espantosa. Yo, sin embargo, no puedo dar más crédito a las estadísticas, a los sociólogos y a los economistas que a lo que vi con mis propios ojos. Acaso fuese una prosperidad ficticia y superficial, como la espesa alegría de aquel Berlín, pero yo me refiero a los años 28 y 29, cuando se había liquidado ya la gran estafa de la inflación y había en Alemania menos obreros parados que en Inglaterra o en los Estados Unidos. En cada esquina de Berlín había un "dancing" y por las noches parpadeaban sus letreros luminosos, innumerables: "Tanz", "Tanz", "Tanz"... No sé si se bailaba sobre un volcán, pero lo cierto es que en Berlín se bailaba mucho. Kurfürstendam era una feria de placer caro y fastuoso. Por la gran avenida desfilaban las cortesanas más suntuosas de Europa, y contrastaba su lujo con el aspecto casi familiar y "pequeño burgués" que tenían por aquel tiempo las pobres peripatéticas de los bulevares de París. En la Opera actuaba Chaliapin y las funciones eran de una ostentación imponente. (Recuerdo que un periodista inglés, amigo mío, se abstenía de ir a oír cantar a Chaliapin, a quien, sin embargo, admiraba mucho, por esta razón típicamente inglesa: "A mí me gusta extraordinariamente cómo cantan los hombres —me explicaba—, pero no me gusta nada cómo cantan las mujeres; y en la ópera lo dan todo mezclado"). El café Romanische había superado a la Rotonda de París en la presentación de una bohemia internacional, alborotadora, melenuda y delirante. Las muchachas berlinesas habían perdido grasa y adquirían un tipo ágil y deportivo realmente encantador, con bastante "sex appeal". En algunos music-halls se presentaban revistas deslumbrantes a base de desnudos femeninos de una corrección clásica y picante. En la céntrica Friedrichstrasse se exhibía, a la puerta de una de esas salas, una fotografía de tamaño natural de la muchacha menos vestida de la "troupe". Las familias burguesas, acompañadas por niños zangolotinos y jovencitas románticas, pasaban por delante de aquella fotografía edénica con absoluta indiferencia. En el Wien Kaffee servían mal café con buenos pasteles y música excelente. Había una cierta corrupción aparente en las costumbres, lo que siempre da atractivo a una gran ciudad. Lo más repugnante era el desvergonzado auge que había adquirido el homosexualismo, pues en aquella época los registros de policía tenían fichados a varios miles de caballeros autorizados para ir vestidos de señora —los famosos "travestis"— y ejercer la prostitución callejera. Este es un viejo vicio entre los alemanes y, por lo visto, lo único que han sabido imitar bien de los antiguos griegos. Había cabarets, acaso los más lujosos de Berlín, dedicados exclusivamente a homosexuales, de los que se hacía propaganda descarada a la puerta de los cines de moda frecuentados por familias distinguidas. Pero lo que había de vicio y corrupción en la gran ciudad acaso sólo fuera una espuma flotante, algo postizo, bajo la cual había un pueblo sano, limpio, alegre, libre y con buen apetito. En los entreactos de las comedias sentimentales las señoritas más finas de Berlín devoraban salchichas, a las que llamaban "delikatessen". Yo veía por todas partes un gran orden y una policía muy cuidada. Pero la gente se lamentaba de todo lo contrario. Parecía ser que Alemania estaba resbalando en una peligrosa pendiente de libertinaje e indisciplina social. Era que se vendían por la calle periódicos de izquierda y que los jóvenes republicanos de las organizaciones de combate, enarbolando la bandera de Weimar, se liaban a garrotazos en los parques con los jóvenes nacionalistas y los restos militarizados de los cuerpos francos que llevaban la bandera del viejo imperio kaiseriano. En esos casos llegaba un pelotón de "schupos", marchando con patadas rítmicas que hacían temblar las casas y, blandiendo sus porras contra los contendientes, despejaban el parque. Como es natural, siempre llevaban la peor parte los jóvenes republicanos.

Yo creí entonces que Alemania iba caminando a su regeneración y que lo que necesitaba era un poco de jaleo y de desorden, de desobediencia y de desbarajuste, de corrupción y de juerga, para ver si de ese modo se acababa con el método, el orden y la disciplina prusiana, origen de todos los males de aquel pueblo. Siempre he creído que es menos perjudicial para la humanidad un juerguista o un golfo que un coronel ario empeñado en conquistar el mundo a sangre y fuego. ¡Ojalá les dé a los alemanes —pensaba yo— por bailar y beber y divertirse, y aumente, si eso les gusta, el número de "travestis" con cartilla de la policía, y se rompan la crisma entre ellos! Así creía yo que nos dejarían tranquilos a los demás, y por eso mis recuerdos de paseante municipal por el Berlín republicano son bastante agradables.

Mas está visto que no hay salvación para aquel pueblo, ni aun cuando lo ve uno deslizándose por la más suave y tentadora pendiente del vicio, del tumulto callejero, del desbarajuste, de la calaverada y de la disipación. El nazismo fué una reacción natural del pueblo alemán contra aquel principio de desorden, de corrupción y de indisciplina que hubiera dignificado y humanizado a los germanos. Hitler se presentó como un doncel purísimo que no bebía, ni fumaba, ni comía carne, ni besaba a las chicas. No acabó con el homosexualismo porque en el estado mayor nazi abundan los homosexuales y el mismo Hitler resulta bastante sospechoso, pero prohibió su exhibición callejera. Persiguió a la galantería de lujo, acusando a todas las grandes cocotas de ser judías, y dedicó a las chicas sanas y deportivas a tener hijos de padres desconocidos para convertirlos en soldados. No acabó con la prostitución femenina, pero la organizó metódicamente al servicio del III Reich, con vistas a la maternidad destinada a fines bélicos. En las calles de Berlín no hubo ya más golpes que los que repartían los guardias de asalto nazis. Y el orden llegó a ser tan perfecto, que ahora hay que acabar por incendiar Berlín y no dejar piedra sobre piedra. Hitler pretendió evitar que Berlín fuese una nueva Gomorra, pero el fin puede ser el mismo: la destrucción.

Lo que quizás hubiera salvado a Berlín era precisamente ser un poco de Gomorra, tener un cierto desorden, dedicarse algo al libertinaje y al escándalo, respetar un poco menos a los guardias del tránsito, implantar un cierto grado de disolución, de anarquía y de caos. No lo hizo así, y al leer ahora yo el anuncio de su próxima destrucción, acuden a mi recuerdo los carteles luminosos de los inumerables "Tanz", "Tanz" de Berlín, parpadeando como luces que me hacen guiños para expresar, con pícara tristeza, lo que Berlín hubiera podido hacer—y no hizo—si quería librarse de la condena a muerte dictada ahora contra la gran ciudad por ese pequeño Nerón degenerado, simiesco, charlatán y cruel que se llama el doctor Goebbels.

EL VALIJERO

53
o febrero
45
h.P.C.E.
IG.:
.2e/1093